

ENCONTRAR A DIOS

EN LA VIDA

Darío Mollá Llácer, sj.

Presentación

Introducción: De la relación entre vida y experiencia espiritual

I. Propuesta de estilo de vida para ser contemplativos en la acción"

1. El "sujeto" de la experiencia espiritual que propone Ignacio
2. Los contextos vitales que posibilitan tales "sujetos"
3. El "talante vital" que genera la experiencia de Dios en la vida

II. Estructuras de apoyo para la experiencia del encuentro con Dios en la vida

1. ¿Por qué hablar de "estructuras de apoyo?"
2. Son estructuras de apoyo aquellas que nos permiten ver el fondo de nuestra vida
3. Son estructuras de apoyo aquellas que nos permiten ser señores de nuestra vida (EE. 216)
4. Son estructuras de apoyo aquellas que hacen desposeernos de nuestra vida, dejar de ser nosotros el centro de la misma

PRESENTACIÓN

En abril de 1992 se celebró en Alaquás (Valencia) un curso de espiritualidad ignaciana cuyo título general era "Espiritualidad del encuentro con Dios en el mundo". Se organizó en torno a tres núcleos temáticos: la oración en la vida, desarrollado por Santiago Thió; la vida cotidiana como lugar de encuentro con Dios, expuesto por Josep M. Rambla; y un tercero, el que se me encomendó a mí, que versaba sobre la práctica del orar en la vida y desde la vida. Este cuaderno es la transcripción, algo más elaborada, de dicha aportación.

Mi pretensión fundamental fue poner de manifiesto la estrecha relación existente entre experiencia espiritual y vida cotidiana. Entiendo que esa relación es, por decirlo de algún modo, una relación "circular": una espiritualidad comprueba su validez, se verifica y se hace creíble en lo cotidiano de la vida, y, a su vez, los estilos de vida condicionan radicalmente las posibilidades de la experiencia espiritual. Lejos de alejarse, como se ha pensado muchas veces equivocadamente, espiritualidad y vida sólo llegan a su respectiva plenitud cuando van juntas.

El encuentro con Dios en la vida, esencia de la espiritualidad ignaciana, no es, sin embargo, una experiencia fácil. No viene automáticamente dada. Indicar y sugerir de qué modo podemos ayudar al surgir y crecer de ese talante espiritual, con el que Ignacio identifica la madurez de la experiencia de Dios (1), es otro de los objetivos de este trabajo.

INTRODUCCIÓN: DE LA RELACIÓN ENTRE VIDA Y EXPERIENCIA ESPIRITUAL

A todos nosotros nos parece una afirmación obvia y, por tanto, de innecesaria demostración, que cualquier forma de espiritualidad genera un determinado y concreto estilo de vida. Pero en este trabajo se quiere afirmar algo más: que el estilo de vida que alguien vive condiciona radicalmente la posibilidad de una vivencia espiritual. Puede facilitarla o puede impedirla. Una determinada manera de vivir puede llegar a hacer imposible la experiencia de Dios, mientras que otro género de vida distinto puede ponernos en la pista de acceso a la experiencia de Dios. O, sin ir tan al extremo, hay modos o situaciones de vida que hacen más fácil la experiencia de Dios y otros que la dificultan. Por diversos autores se ha señalado que la experiencia de Dios requiere unas "estructuras de posibilidad" (Libanio), o unas "estructuras antropológicas" (García Monge) (2).

Esto que se afirma de cualquier espiritualidad se afirma también, lógicamente, de la propuesta ignaciana de espiritualidad: la del encuentro con Dios en la vida. Este convertir la vida toda en experiencia de Dios, que es el reto que Ignacio nos plantea, tiene sus propias condiciones de posibilidad, referidas no sólo a la interioridad, sino a la vida entera de la persona: habrá modos de vida que faciliten el "buscar y hallar a Dios en todas las cosas", y otros modos de vida que, a pesar de los esfuerzos "interiores" que se hagan, lo limitan o impiden. Todo ello, por supuesto, sin caer en determinismos que ignoren que, al final, es el Criador el que "inmediate" obra con la criatura (EE. 15), muchas veces más allá de lo que aparentemente dan de sí las posibilidades humanas.

Algo de todo esto es lo que expresa Ignacio con su concepto de "subiecto". La noción de "subiecto" ignaciano hace referencia, básicamente, a la idoneidad para una determinada experiencia espiritual (3). Idoneidad que no es sólo capacidad intelectual o personal, sino el conjunto más amplio de condiciones personales y vitales que facilitan o dificultan la experiencia del encuentro con Dios, en el tiempo de ejercicios y también en la vida fuera de los mismos. Concepto éste de "subiecto" que, además, hay que entender dinámicamente: en positivo, nos vamos haciendo "subiectos"; en negativo, alguien que lo ha sido se puede ir deteriorando como tal. El irnos haciendo "subiectos" para la experiencia espiritual del encontrarnos con Dios en la vida es el objetivo final al que quiere conducirnos toda la pedagogía espiritual ignaciana.

Al respecto de todo esto creo que es interesante una breve reflexión sobre el número 89 de los Ejercicios. Pertenece este número a las "Adicciones para mejor hacer los ejercicios y para mejor hallar lo que desea", conjunto de normas muy concretas y muy "corporales" que facilitan la experiencia espiritual. Pues bien, en ese contexto, dice Ignacio: "...*quando la persona que se exercita aún no halla lo que desea, ansí como lágrimas, consolaciones, etc... muchas veces aprovecha el hacer mudanza **en el comer, en el dormir y en otros modos de hacer penitencia...***". Es un cambio en los modos de vida lo que Ignacio propone para hacer posible la experiencia de Dios que resulta difícil.

Dicho de otro modo: las dificultades de nuestra vida espiritual lo que nos están replanteando muchas veces no es sólo la validez de nuestros "métodos" y/o "formas" de actividad interior, sino que son sobre todo una interpelación acerca de nuestro modo de vivir.

Carlos Cabarrús hacía en el "Simposio Internacional de Psicología y Ejercicios ignacianos" celebrado en Salamanca en septiembre de 1989 una polémica pregunta (ya que es no sólo pregunta, sino afirmación discutible...): "¿Por qué no nos cambian los Ejercicios Espirituales?" (4). Prescindiendo del carácter polémico de la afirmación de partida, al menos en cuanto afirmación universal, me interesa ahora señalar la constatación de que *"lo que verdaderamente impide sacar fruto de los Ejercicios es la falta de ciertos requisitos sin los cuales no se puede hacer nada"*.

Y entre esos requisitos, tras aludir a alguno más "interior" como la falta de disponibilidad, se mencionan otros varios que hacen referencia, sustancialmente, al modo o estilo de vida: la carencia de desafíos como personas e instituciones, no "vivir" la fórmula del Instituto (que describe el modo de vida concreto que Ignacio quiere para los jesuitas), la ausencia de vinculación orgánica al mundo de los empobrecidos... Para acabar concluyendo: *"...todo esto nos abre a la necesidad de un quinto requisito, que llamaríamos la 'condición de posibilidad' de poder estar en disposición de escuchar el Evangelio y de hacer Ejercicios espirituales. Mientras no experimentemos los dolores y sufrimientos de los hermanos, como matriz de una vivencia espiritual y/o fenómeno concomitante, no estaremos en disposición de ánimo para dejarnos moldear por el Espíritu de Jesús"* (5).

Desde perspectivas distintas, pues, se afirma nuestra hipótesis inicial: el modo de vida no es sólo el resultado de una experiencia espiritual, sino que es mucho más: la misma condición de posibilidad de esa experiencia, un determinante decisivo del carácter de la misma.

Dicho esto, podemos ya entrar en materia. Nos preguntaremos en la primera etapa de nuestro camino qué persona y qué modo de vida capacitan para la vivencia espiritual que Ignacio propone y a la que a nosotros nos gustaría acceder. En la segunda etapa trataremos de las "estructuras de apoyo" que pueden sostener y fortalecer ese modo de vida y de experiencia de Dios.

I. PROPUESTA DE ESTILO DE VIDA PARA SER

"CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN"

1. EL "SUBIECTO" DE LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL QUE PROPONE IGNACIO

Los Ejercicios Espirituales ignacianos son, a un tiempo, esencia de la experiencia espiritual y pedagogía para llegar a la plenitud de la misma. Se plantean en ellos tanto el "horizonte" o meta (cfr: "Contemplación para alcanzar amor"), como el proceso que nos ha de ir conduciendo a ella.

Situados en esa dinámica, nos encontramos al comienzo del proceso de ejercicios, en las "Anotaciones" (EE. 1-20), con un retrato-robot del ejercitante ideal que es, al mismo

tiempo, punto de partida y punto de llegada. Las actitudes y trazos que en ese retrato se dibujan son el mínimo que Ignacio exige para adentrarse en la aventura; esas mismas actitudes, consolidadas y llevadas a plenitud, son también el resultado del proceso y las que permitirán vivir fuera de los ejercicios la experiencia mística del encuentro permanente con Dios. Las actitudes de fondo del ejercitante ideal, hechas cotidianas, son también las del jesuita ideal, las del cristiano ideal. Por todo ello, al describir, interpretando las "Anotaciones", al ejercitante con "subieto" para hacer los ejercicios, describimos también a la persona con "subieto" para "en todo amar y servir a su divina majestad" (EE. 233).

Este "subieto" es alguien que ya ha tomado la decisión de situar su vida en la dinámica de la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios: "...*entrar en ellos...* (los Ejercicios) *ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su sanctísima voluntad*" (EE. 5); "...*de manera que la causa de desear o tener una cosa o otra, sea sólo servicio, honra y gloria de la su divina majestad*" (EE. 16). En este sentido es una persona "magnánima", tal como lo define Santo Tomás de Aquino: "*aquel que tiene el coraje de comprometer toda su persona en una empresa importante que decide sustancialmente su vida*" (6). Nos encontramos, pues, ante una persona que ha hecho en su vida una opción de fondo por Dios, y que busca vivir de acuerdo con ella.

La persona que quiera encontrarse con Dios ha de ser también una persona humilde, capaz de reconocer que se adentra en un terreno donde, con sus solas fuerzas, nada es posible y todo es concedido: "...*quando hablamos vocalmente o mentalmente con Dios nuestro Señor o con sus santos, se requiere de nuestra parte mayor reverencia que quando usamos del entendimiento entendiendo*" (EE. 3); "...*un paso o dos antes del lugar donde tengo de contemplar o meditar me pondré en pie... considerando cómo Dios nuestro Señor me mira, etc., y hacer una reverencia o humillación*" (EE. 75). Se trata, pues, de alguien que es bien consciente de que tanto la postura inicial de búsqueda, como la capacidad de encontrar y hallar, son dones que se reciben y que escapan de las posibilidades humanas.

Supuesto que Dios se manifiesta y comunica muchas veces a través de mediaciones humanas, que no son siempre las inicialmente previstas o esperadas, sino en muchas ocasiones muy sorprendentes, es necesario que la persona que quiere encontrarse con Dios sea abierta al otro como mediación de Dios, capaz de comunicación, de decir y de dejarse decir: "...*todo buen christiano ha de ser más prompto a salvar la proposición del próximo que a condenarla...*" (EE. 22).

Nunca ha sido fácil la experiencia del encuentro con Dios. Ya en el Antiguo Testamento se nos describía como lucha agotadora (Génesis, 32, 26-33). Es una experiencia combatida desde dentro y desde fuera. Por eso la persona que se arriesga a ella ha de ser alguien con capacidad de resistencia y lucha: "...*vencer las tentaciones...; resistir al adversario, más aún... derrocallo*" (EE. 13); de dominio sobre sí mismo: "...*poniendo todas sus fuerzas para venir al contrario de lo que está mal afectada...*" (EE. 16); de austeridad y distanciamiento afectivos: "...*quanto más se apartare de todos amigos y conocidos y de toda solicitud terrena...*" (EE. 20).

Ignacio pide asimismo que sea una persona comprometida con su vida y con el presente de su vida y sus circunstancias concretas, realista, que no se escape ni hacia atrás (con

nostalgias) ni huyendo hacia adelante: "...tomando el fundamento verdadero de la historia..." (EE. 2), "...al que toma ejercicios en la 1 semana aprovecha que no sepa cosa alguna de lo que ha de hacer en la 2 semana..." (EE. 11); personas capaces de la "ascética del presente", de "sentir y gustar" lo que en cada momento es la experiencia de su vida, sin falsas pretensiones ni escapatorias.

Entre estos rasgos encontramos también el que postula una persona unificada afectiva y vitalmente, donde los afectos y las cosas se sitúan en su lugar adecuado, en orden: "...no teniendo el entendimiento partido en muchas cosas, más poniendo todo el cuidado en sola una, es a saber, en servir a su Criador y aprovechar a su propia ánima..." (EE.20).

Todo ello constituye y caracteriza, finalmente, una persona libre, capaz de "...discurrir y raciocinar por sí mismo" (EE. 2), de "...usar de sus potencias naturales más libremente, para buscar con diligencia lo que tanto desea..." (EE. 20).

Así pues, y siguiendo a Ignacio, hay una "estructura antropológica" posibilitante de la experiencia de Ejercicios, de la experiencia de sentir a Dios en la propia vida y en la propia historia. En la medida en que esa estructura se dé, y se dé más plenamente, será más posible experimentar a Dios en la vida; por el contrario, una carencia radical en esta estructura, limitará o, incluso, llegará a imposibilitar la experiencia. La espiritualidad ignaciana postula como condición de posibilidad para realizarse personas sujetos de opción personal, humildes, abiertas al otro, capaces de resistencia y lucha, arraigadas en la historia, unificadas interiormente, libres. ¿Es esto el comienzo o el fin? Las dos cosas: en alguna medida debe darse todo esto al comienzo, o, al menos, sin carencias sustanciales; la pedagogía ignaciana, fielmente seguida, nos consolidará cada vez más sobre ese fundamento.

Hay que dar ahora un paso más: de la estructura antropológica a las condiciones vitales que la hacen posible. Hay estilos y ritmos de vida que fomentan ese tipo de persona; hay estilos y ritmos de vida en los que es imposible que surjan este tipo de personas. Los primeros están haciendo posible la experiencia de Dios en la vida; los segundos la limitarán o la harán imposible. A ellos vamos a referirnos ahora. Por eso decimos que hay contextos vitales que son posibilitantes de la experiencia de Dios en la vida, ya que crean personas capaces de ella; y contextos que son inhabilitantes, porque las personas que de ellos resultan, por buena voluntad que a veces puedan tener, o por muchas "prácticas espirituales" o devociones que puedan realizar, no son "sujeto" de tal experiencia.

2. LOS CONTEXTOS VITALES QUE POSIBILITAN TALES "SUBIECTOS"

Como decíamos al comienzo de nuestras reflexiones, la concepción ignaciana de "sujeto" es una concepción dinámica: se puede crecer y se puede menguar como tal "sujeto". Y en ese crecimiento o mengua lo decisivo es el estilo de vida que se lleva.

Un ejemplo de mi experiencia vital durante varios años en un centro de menores con problemas de marginación social puede contribuir a aclarar esto. Muchos de estos menores llegaban al centro con unas pautas de comportamiento social deterioradas (agresividad, tendencia irreprimible al engaño, desconfianza, etc...). El modo de educarles en unas nuevas pautas no es, por supuesto, el de los discursos o sermones, ni siquiera el de prácticas aisladas (del tipo que sean): es el de situarles en unos contextos

vitales y relacionales distintos en los que experimenten que otras formas de comportamiento (no agresivas, de aceptación del otro, de sinceridad...) les son más idóneas para ser felices y para conseguir los resultados que pretenden. Así, poco a poco, van captando e interiorizando unos nuevos valores personales, capaces de subsistir con fortaleza frente a los anteriores. Lo que hay que cambiar es el contexto vital del menor, para que así pueda ser y actuar de otro modo (7). No sucede de modo muy diverso en el terreno en que ahora nos movemos.

¿Qué características debería, pues, reunir ese contexto vital que, poco a poco, nos vaya habilitando como "sujetos" capaces de experimentar a Dios en la vida? Señalo algunas de ellas, incluso con sencillos ejemplos que pueden contribuir a identificarlas en la vida.

Se trataría, en primer lugar, de un estilo de vida en el que la opción fundamental que alguien ha hecho no se vea permanentemente puesta entre paréntesis, cuestionada o sometida a prueba. De las grandes opciones de fondo que tomamos en nuestra vida no se hace casi nunca renuncia explícita. Lo que, en la mayoría de casos, sucede es que con los hechos cotidianos las desmentimos y les quitamos fuerza. O las afirmamos y consolidamos.

Hay una curiosa intuición ignaciana en el libro de los Ejercicios que va en esta línea. Me refiero a las "Reglas para ordenarse en el comer" (EE. 210-217). Son reglas que se refieren a un aspecto bien concreto, cotidiano y, aparentemente sin importancia, de la vida. Lo curioso no es sólo que Ignacio las ponga, sino además dónde están colocadas: justo al final de la Tercera Semana en la que el ejercitante ha contemplado, ni más ni menos, que la Pasión de Cristo. Parece que Ignacio nos quiere decir tanto que estos aspectos tan banales son más importantes de lo que podemos pensar, como que las maneras de desenvolvernó en lo cotidiano son muchas veces el terreno donde se juega nuestra adhesión radical a Jesús y la verdad de nuestros buenos propósitos.

Pensemos, por ejemplo, en el mundo de relaciones sociales, amistades, vacaciones y recreos... de muchos de los que o han hecho voto de pobreza o afirman solemnemente su "opción por los pobres": supone un desmentido y una debilitación permanente de esa supuesta opción radical. Y ejemplos bien patentes de ello hay también en la vida política y social de nuestro país... En positivo, las "actividades pastorales" que realizan los religiosos en formación, o las prácticas de las diversas formas de voluntariado social que puedan realizar estudiantes o profesionales tienen su principal valor para la propia persona, aparte del servicio prestado al otro, como elementos de confirmación y fortalecimiento de la opción vital.

Es necesario también un estilo de vida en el que se haga visible, temporal, que el valor Dios ocupa un lugar en mi vida. No puede ser que algo que digo que es lo más decisivo para mí no me ocupe un minuto de mi día. Son necesarios espacios y tiempos para reconocer cómo Dios va pasando por mi vida, para mantener viva y fresca la memoria de su cariño por mí. Ese es el valor que ya, por sí misma, tiene la oración, al margen de sus contenidos o "resultados": que yo me hago patente que Dios es dimensión decisiva, clave de mi vida. En esta línea hay que situar el "examen" ignaciano, en el que lo prioritario y primero no es preguntarme qué he hecho yo, sino qué va haciendo Dios en mí y en mi vida. La reiteración de "exámenes" que Ignacio propone tiene así sentido como permanente atención al obrar de Dios; no se trata de un machacón o masoquista

ejercicio de búsqueda de mis pecados. La importancia que Ignacio da al "examen" (siempre estaba dispuesto a dispensar de la oración a sus compañeros atareados, pero nunca les quería dispensar del examen), nos hace conscientes de lo importante que es ese mantener viva la conciencia de que Dios está pasando por mi historia.

Hay que conseguir también un estilo de vida de ventanas y puertas abiertas al exterior, por donde se puedan colar con frecuencia otros aires... El aire fresco del otro, de lo otro, de lo distinto, de lo distante, de lo alternativo... Porque, como se ha dicho preciosamente, el "otro es la metáfora de Dios" (8). Las plantas para vivir necesitan no sólo riego, agua, sino también ventilación, aire... Muchas "plantas" espirituales no mueren por falta de riego o agua (oración, cultivo de la interioridad...), sino por falta de aire, de contacto con el exterior, con el mundo de fuera, con otra realidad... Ir más a pie, en metro o en autobús que en "mi" coche puede ser un lugar de increíble fecundidad y riqueza para la experiencia espiritual y de encuentro con Dios. Hacer cola como uno más, fue el contexto de la experiencia en la que Jesús recibió su misión del Espíritu (Lucas 3, 21-22 y paralelos): sólo los privilegiados no "soportan" colas...; por ello no descubren las necesidades humanas que les conviertan de su privilegio. ¿No son muchas veces los "blindajes" de nuestras casas (desde las verjas hasta el contestador automático del teléfono) blindajes de nuestras vidas? Pues todo blindaje, toda armadura, quita libertad, movilidad, disponibilidad para hacer la voluntad de Dios... (1 Samuel 17, 38-40).

Un estilo de vida en el que sea yo quien marque el ritmo de las cosas, y no sean las cosas las que me marquen el ritmo a mí. En que, como también se ha afirmado lúcidamente, lo decisivo no sea la agenda, sino el proyecto vital (9). En que se sea, en expresión ignaciana, "señor de sí" (EE. 216). Por aquí encontramos una de las pistas (no la única) para redescubrir el sentido actual de la austeridad: con ella afirmo que soy yo quien dispone, quien marca el ritmo; que mis necesidades son afirmadas por mí y desde dentro, no por otros y desde fuera; que las cosas que yo poseo alcanzan su máximo valor y rentabilidad cuando se comparten (10).

Se trata asimismo de lograr un estilo de vida marcado por la "ascética del presente": por el compromiso con mi presente concreto (destino, trabajo, comunidad, familia...), sin buscar escaparme ni hacia el pasado, ni hacia un futuro que es sueño, ni hacia un cielo o arriba o más allá que es evasión. Es este presente el don que Dios me hace ahora, y es en este presente donde El se me acerca para encontrarme y ser encontrado: huir del presente es, pues, huir de Dios, aunque me parezca que voy hacia lugares más "sagrados" donde pienso que más "seguramente" le encontraré. La vida es siempre don de Dios, aunque en ocasiones el don no sea dulce como una caja de bombones... Pero yo no valoro la caja de bombones o la medicina amarga, sino la mano y el corazón que me lo dan.

En este estilo de vida que pretende acoger el cariño cotidiano de Dios, ha de haber, necesariamente, capacidad de acogida afectiva. Es decir, ha de ser un estilo de vida en el que se posibilite el desarrollo de una afectividad grande y sana. La represión o la mutilación de las posibilidades afectivas de una persona es también represión y mutilación de las posibilidades de su encuentro afectivo con Dios... No se trata de reprimir ni mutilar..., sino de "ordenar" (EE. 21), de colocar en su sitio. Muchas veces te encuentras con personas supuesta u oficialmente "célibes" (¿o mejor, simplemente, solteras?) incapaces para la experiencia de la amistad humana: ciertamente en esas

condiciones no se puede sentir la experiencia fundante de todo celibato: la de sentirse personal y extraordinariamente querido/a por Jesús. Los contextos vitales incapacitantes del desarrollo de la afectividad humana son también incapacitantes de la experiencia de cercanía amorosa de Dios.

Para acabar, decir que tampoco se llegará a ser "sujeto" ignaciano de la experiencia de Dios en lo cotidiano si no se vive en un contexto vital en el que uno se siente estimulado a tomar decisiones, a asumir responsabilidades del orden y magnitud que fueren, a controlar personalmente los procesos de mi vida. Porque Dios sólo entra en relación con el hombre o mujer en el ámbito de la libertad, no sólo supuesta, sino ejercida. Fuera de ese ámbito de libertad puede haber otra cosa, pero no relación personal con Dios. Y eso nos remite, por ejemplo, a un profundo cuestionamiento de formas de vida cristiana (religiosa, en movimientos o instituciones...) donde no hay "espacios" de decisión personal. La ausencia de esos espacios imposibilita la presencia de Dios, porque "donde hay Espíritu del Señor, hay libertad" (2 Corintios 3, 17). Y, por consiguiente, donde no hay libertad no ha entrado el Espíritu del Señor.

3. EL "TALANTE VITAL" QUE GENERA LA EXPERIENCIA DE DIOS EN LA VIDA

Hasta ahora hemos descrito el movimiento experiencia de Dios-vida básicamente en una dirección: la del estilo de vida que hace posible la experiencia de Dios en lo cotidiano. Pero esa experiencia de Dios, en un movimiento circular, nos remite de nuevo a la vida, y así como el estilo de vida condiciona la experiencia espiritual, ésta última provoca un "talante vital" que es, a un tiempo, consecuencia y verificación de su autenticidad. Dicho de otro modo, hay unos "indicadores" externos, objetivos, cuya presencia me permitirá pensar en la verdad de la experiencia interior de la persona que los tiene. Y cuya ausencia nos debe hacer sospechar y preguntarnos si no hay alguna forma de autoengaño.

Con brevedad, quiero subrayar simplemente tres pistas indicadoras y definidoras de un auténtico "contemplativo en la acción".

Es ésta una persona cuya existencia es existencia integrada, unificada...: en la que todos los instrumentos de la vida tocan la misma sinfonía, bajo la batuta de quien sabe ser director de la misma. Una persona que busca una sola cosa a través de todos los empeños y afanes cotidianos: "...que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad" (EE. 46). Ignacio sintetiza esto en una preciosa expresión que encontramos en las Constituciones de la Compañía de Jesús: "A El en todas amando y a todas en El" (Constituciones, 288). Expresión que, en su primera parte, hace referencia a la motivación de fondo por la que siempre me muevo (EE. 338), que es motivación de búsqueda de la voluntad de Dios, de respuesta amorosa a su cariño. Y en su segunda parte es referencia a esa transparencia de la creación, a esa capacidad de descubrir en todas las criaturas y acontecimientos, al Señor de ella que por mí "trabaja y labora" (EE. 236). La experiencia de Dios en la vida produce un movimiento integrador y armonizador de la misma.

Suscita, además, esa experiencia una actitud que podríamos llamar de "disponibilidad". Disponibilidad en un doble sentido: un permanente estar dispuesto al servicio que Dios

me va pidiendo en la vida (EE. 179) y un estar "indiferente" (EE. 23), no apegado a las cosas, personas o situaciones. Porque quien tiene la experiencia de Dios en la vida experimenta muy hondamente que Dios es siempre nuevo, que es un Dios que no nos deja instalarnos y nos obliga frecuentemente a salir de "nuestra" tierra y que lo que importa no es la tierra, sino el Dios que nos la da. Y porque se experimenta también que El es el único Señor de nuestra vida, el único capaz de dar sentido y que, por tanto, la experiencia de sentido, de felicidad, no está vinculada a concreto alguno, sino a ese concreto en el que aquí y ahora experimentamos la presencia de Dios. La disponibilidad brota, pues de la experiencia del amor mutuo: no es un ejercicio voluntarista, de renuncia ciega, sino que es la seguridad de quien se siente amado con el cariño y sabiduría inmensos de quien, como decía Teresa de Jesús, "sabemos que nos ama".

Un tercer rasgo al que Ignacio daba una peculiar importancia para discernir la verdad de una experiencia espiritual es la "abnegación": *"...después me añadió que de 100 que se entreguen a largas oraciones y penitencias, la mayor parte caerán ordinariamente en grandes inconvenientes; se refería sobre todo el Padre a la dureza de juicio; por eso el Padre ponía como fundamento de todo la mortificación y abnegación de voluntad"* (11). Una abnegación cuya definición ignaciana es el "salir de su propio amor, querer y interesse" (EE. 189). Significa que ya no soy yo el centro de mi vida, sino que el centro está fuera de mí.

Abnegación que es, en la vida corriente y diaria, algo tan contracultural para nuestra época como la gratuidad. Vivir desde y en gratuidad. Gratuidad que significa que no hago las cosas para o porque me las agradezcan, me recompensen, me alaben, sino con la generosidad que me da el sentirme previamente amado. Gratuidad que significa capacidad de resistir y de permanecer cuando hay menosprecio, olvido, desconsideración. Gratuidad que significa no vivir obsesionado por el éxito o el triunfo, sino por el servicio y la necesidad. Quien tiene la experiencia ignaciana de Dios en la vida es activo, generoso en el servicio, constante en el amor, desinteresado en su relación con los demás. Es decir, abnegado.

II. ESTRUCTURAS DE APOYO PARA LA EXPERIENCIA DEL ENCUENTRO CON DIOS EN LA VIDA

1. ¿POR QUÉ HABLAR DE "ESTRUCTURAS DE APOYO"?

La experiencia del encuentro con Dios en la vida, cuyas condiciones de posibilidad vitales hemos descrito en la primera parte, es una experiencia posible, pero no fácil. En las dos cosas insiste Ignacio: en que se da, pero en que hay que poner las condiciones para que se dé.

No es una experiencia fácil, por muchos motivos. Lo que salta a la vista en nuestro mundo, lo que se nos impone, es más la evidencia de la ausencia de Dios, que la de su presencia. Nuestro mundo es opaco para traslucir la cercanía de Dios. Muchas veces se nos invita a la negación de semejante hipótesis. Muchos son los que dicen que experimentar a Dios en lo cotidiano es una pretensión vana: tanto quienes se empeñan en situarlo más allá del mundo, como quienes afirman que es imposible encontrar a quien no es.

Incluso cuando ya llevamos muchos años metidos en dinámica de espiritualidad ignaciana tampoco notamos la soltura en esta experiencia, sigue sin resultarnos demasiado habitual. Nos sigue resultando más fácil encontrarlo en el retiro, en la soledad, en el alejamiento de lo cotidiano... Sigue habiendo una serie de zonas de nuestra vida, en lo personal y en lo social, en las que parece que resulta más difícil esa experiencia del encuentro con Dios: lo afectivo, el mundo de los conflictos, la gestión de los asuntos cotidianos... Y son zonas decisivas.

Ignacio nos sigue empujando tozudamente a ello y nos dice que "nos dispongamos" para ello, que si nos disponemos el Señor nos lo concederá. Ese disponernos son las "estructuras de apoyo" (expresión de Libanio) que podemos poner de nuestra parte para ayudar a esa experiencia no fácil, pero posible, necesaria y gozosa.

2. SON ESTRUCTURAS DE APOYO AQUELLAS QUE NOS PERMITEN VER EL FONDO DE NUESTRA VIDA

Es importante que nos acostumbremos a mirar la vida con la mirada de Dios, con los ojos de Jesús. Es la invitación que Ignacio nos hace en la meditación de la Encarnación (EE. 102, 106). Es esa una mirada universal, más allá de los límites de nuestro estrecho entorno; una mirada sensible al dolor y al sufrimiento y, por ello, generadora de misericordia; una mirada capaz de descubrir los signos de esperanza que, muchas veces sin brillo, existen también en nuestro mundo y en nuestra vida. La encarnación para Ignacio comienza con una mirada. Por eso es tan importante para nuestra vida el aprender a mirar hasta el fondo, sin quedarnos en las apariencias o en la superficie. Porque esa mirada nos hará sensibles a la presencia de Dios.

¿Qué nos puede ayudar o facilitar esa mirada profunda sobre la historia, la del mundo y la nuestra?

Nos puede ayudar todo aquello que nos estimule a hacer "memoria" de Jesús, que es memoria del amor incondicional de Dios por nosotros y por todos los hombres: la eucaristía (el "memorial" por excelencia), la oración formal, la vivencia eclesial, la experiencia de comunicar y compartir la fe con otros... Recordar que la historia es cariño de Dios con el hombre nos ayuda a descubrir el cariño en la historia de ahora mismo. De la memoria nace la confianza (El "sé de quien me he fiado" de Pablo), y de la confianza nace la disponibilidad y el servicio.

Una ayuda muy querida para Ignacio es la permanente ayuda del "examen" u oración sobre la vida. Examen que, como hemos dicho ya anteriormente, no debe ser tanto la pregunta por lo que yo he hecho, como la pregunta por lo que Dios va haciendo en mi vida. De contemplar la actuación de Dios brota, muy espontáneamente, la conciencia de nuestra pequeñez y de nuestra pobre respuesta a su cariño. Para Ignacio el examen tiene un papel decisivo a la hora de configurar por dentro el talante del "contemplativo en la acción": viendo permanentemente la presencia amorosa de Dios en personas, acontecimientos, criaturas, uno llega incluso a sentirse abrumado por la cantidad y calidad de esa presencia.

Otra ayuda importante para ese mirar la vida en su profundidad es, sin duda, el acompañamiento. El poner delante de otra persona, con sinceridad, lo que es mi vida y dejar decir y escuchar al otro que es también mediación iluminadora de Dios, que me

descubre matices y perspectivas que yo no he sido capaz de descubrir. Hay, pienso, un doble modo de acompañamiento: un acompañamiento que podemos llamar acompañamiento "en corto", directo, cuando, con la frecuencia que sea, yo voy contrastando mi vida con otra persona. Pero hay también otra forma de acompañamiento: el que podemos denominar "en largo" o indirecto, que es el acompañamiento que recibimos de nuestros compañeros de camino, de los testigos privilegiados que nos cuentan, en una u otra forma, su experiencia... Un ejemplo claro, el más conocido, de esta forma de acompañamiento es la llamada "lectura espiritual", que Ignacio recomienda ("mucho aprovecha") en los mismos Ejercicios (EE. 100), a partir de la Segunda Semana. Las dos formas de acompañamiento pueden darse simultáneamente, pero cuando la primera de ellas, por las circunstancias que fueran, no es posible o resulta particularmente difícil, la segunda debe intentar mantenerse y puede ser un elemento de ayuda particularmente decisivo.

El discernimiento es otro apropiado e ignaciano instrumento para ese descubrir lo que Dios nos va enseñando en la vida. El discernimiento tiene una doble vertiente: como sensibilidad y como actividad. Un ejemplo pienso que puede iluminar lo que quiero decir: un catador de vinos experimentado distingue simplemente con el olfato, a distancia, sin dificultad, un vino bueno de uno malo; sin embargo, para calificar entre dos vinos buenos ya le es necesario probar y emplear sus técnicas propias. Discernimiento como sensibilidad es la capacidad casi instintiva, el olfato, para detectar lo que "huele a evangelio". Discernimiento como actividad es el esfuerzo que hay que hacer muchas veces para distinguir dónde está, entre cosas todas ellas aparentemente buenas o indiferentes, la voluntad de Dios. La presencia de Dios en la vida hay ocasiones, personas, circunstancias... en las que "se huele"; pero muchas otras veces es necesario aplicar todas nuestras técnicas para no ser engañados por lo aparente. Porque no siempre el vino más bien presentado o etiquetado es el de mejor calidad.

3. SON ESTRUCTURAS DE APOYO AQUELLAS QUE NOS PERMITEN SER SEÑORES DE NUESTRA VIDA (EE. 216)

Cuando Jesús dice en el evangelio de Juan aquello de "nadie me quita la vida, soy yo quien la da", está diciendo una gran verdad porque Jesús es, auténticamente, señor de su vida, porque es plenamente libre. No se da lo que no se tiene, sólo se da en la medida en que se tiene. Y poder dar la vida, como Jesús, nos exige que no nos la hayan quitado ya, que sea realmente nuestra. Por aquí hemos de encontrar el sentido profundo de la ascesis cristiana: hacernos libres y señores de nuestra vida para darnos enteramente.

Hay dos pasajes bíblicos que nos pueden iluminar y sugerir en este campo. El primero es el ya citado de David ante Goliat (1 Samuel 17): David necesita despojarse de coraza y armadura para sentirse libre y para poder cumplir la misión que Dios le encomienda en favor de su pueblo; y es la confianza nacida de la memoria de su propia historia la que le da esa capacidad de despojarse ante el asombro de todos: "El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me librá de las manos de este filisteo". El segundo texto al que quiero aludir es el conocido himno cristológico de la carta a los Filipenses (2, 5-11): "se despojó... para hacerse uno de tantos". Se despojó para hacerse solidario, porque nos quiso salvar desde la cercanía y la solidaridad; y se despojó de cosas buenísimas, "de su rango" de Dios... Lo primario no es despojarse, sino ser libre o ser solidario. Pero ser auténticamente libres y solidarios pasa muchas veces por despojarse. La ascesis cristiana no es fin en sí misma: es medio que nos

posibilita no quedar atrapados por las cosas, sino llegar a través de ellas al Señor de las mismas.

Esta ascesis nace, si es cristiana, de la experiencia de descubrir y experimentar el cariño de Dios por mí en la vida. Esa experiencia me impulsa a una respuesta, a un deseo de "en todo amar y servir" (EE. 233). Cuando voy a poner en marcha esa respuesta siento muchas veces las ataduras que me frenan, que me reducen el impulso, que me quitan radicalidad... y trabajo por desatarme, por ser libre para caminar con presteza, sin lastres, al encuentro con el Señor de la vida, que me espera en todos y cada uno de mis hermanos. El servicio a los hombres, especialmente a los pobres y pequeños, es lugar privilegiado para encontrarme con Dios: la ascesis es disponerse para que ese servicio sea lo más generoso, lo más radical, lo más permanente posible. Dejar de buscarme a mí para encontrar al otro y en el otro ser alcanzado por Dios.

La ascesis, pues, adquiere este sentido fundamental de capacitarnos para ser alcanzados por Dios. Sentido que es complementario de los otros que le da la tradición cristiana: como necesaria resistencia ante el mal que amenaza nuestra plenitud de vida, tanto desde dentro de nosotros mismos, como desde fuera; como medio de ordenar nuestros afectos de tal modo que seamos plenamente disponibles para Dios y consecuentes con nuestras opciones; como afirmación real, concreta y visible del señorío de Dios sobre nuestras vidas: El es el Señor y no podemos permitir que las cosas se nos conviertan en idolillos, que, poco a poco, se envalentonan y nos piden más campo de actuación y presencia; como signo corporal y visible de que vivimos, o queremos vivir, una vida "nueva", otro estilo, otros valores...

¿Qué formas puede adquirir hoy esta ascesis necesaria para encontrarnos con Dios en la vida y, particularmente, en el servicio a los hermanos? Indico sólo algunas de ellas.

Ascesis hoy es ser capaz, hacer un esfuerzo, por mantener un ritmo de vida humano, con espacios y tiempos para dimensiones y valores que no son importantes en nuestra sociedad, pero que para nosotros sí lo son: la oración, el diálogo gratuito, la contemplación sosegada, el silencio...

El control de nuestras necesidades desde dentro de nosotros mismos; el control de nuestro modo de satisfacerlas sin que nos movamos por condicionamientos externos y extrínsecos a nosotros mismos; la manera solidaria de responder a nuestras necesidades... Tener claro en nuestra teoría y en nuestra práctica que "no todo es necesario" y que, incluso en el campo de lo necesario, no siempre es necesario lo mejor. Abstinencia es la palabra utilizada en la tradición espiritual cristiana para denominar ese señorío sobre nuestras propias necesidades y esa necesaria solidaridad con los otros también al satisfacer nuestras necesidades.

También es un lugar de nuestra ascesis el ser capaces de mantener con constancia una relación espiritual y una vivencia de fe en los "tiempos recios", en el "invierno". Ir más allá de la sensibilidad como criterio de experiencia espiritual. Tener talante para afrontar desolaciones y sequedades.

La forma de encarar el sufrimiento, la enfermedad, la disminución o pérdida de capacidades personales, el olvido, el menosprecio, la poca consideración por aquello

que hacemos... Asumir todo esto con madurez, sin victimismos ni lamentaciones, sin resentimiento ni disminución de nuestro afán de servicio, también es ascesis.

Muchas veces convertimos nuestro presunto "afán de servicio", más que en servicio auténtico, que es respuesta a las necesidades de los demás, en "demostración de nuestras habilidades". Hacemos lo que queremos, creemos que o nos gusta hacer, sin preguntarnos demasiado si eso es lo más necesario para el otro, lo que puede ayudar. Nos importa más quedar bien o resolver nuestras culpabilidades y malas conciencias que realmente responder al otro, sobre todo cuando responder al otro y a su necesidad es más costoso, menos brillante o espectacular. Poner siempre las necesidades del otro como criterio de actuación, por encima de mis planes, intenciones o habilidades, es ascesis.

En definitiva, ninguna forma de ascesis es tan cristiana como la atención preferente al débil, al rechazado, al incómodo, al insoportable, al que fracasa y no aprovecha, al que no agradece, al pesado, al que los otros desprecian... En ellos, los "sin aspecto atrayente, despreciados y evitados de los hombres, acostumbrados a sufrimientos, ante quien se ocultan los rostros, despreciados y desestimados..." (Isaías 53, 2-3), nos espera nuestro Dios para encontrarse con nosotros y salvarnos. Pero son necesarias muchas renunciaciones y mucha libertad para emprender un camino como este en el ambiente y mundo de valores que vive nuestra sociedad.

4. SON ESTRUCTURAS DE APOYO AQUELLAS QUE NOS HACEN DESPOSEERNOS DE NUESTRA VIDA, DEJAR DE SER NOSOTROS EL CENTRO DE LA MISMA

"...porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales (y, por tanto, también de esa "cosa" que es encontrar a Dios en la vida), quanto saliere de su propio amor, querer y interesse" (EE. 189). Para encontrar a Dios en la vida, hay que salir de uno mismo, dejar de ser uno el centro de sí mismo. Por tanto, serán también estructuras de apoyo, ayudas para esta experiencia, las que nos hagan "salir", "descentrarnos".

Hay realidades en la vida que, por la fuerza, sin que nosotros las hayamos buscado ni las queramos, nos hacen salir de nosotros, nos descolocan... Pero no se trata aquí de eso, sino de dinámicas que nosotros voluntariamente podemos introducir en nuestra vida y que, de por sí, tomadas en serio, nos "descentran" muy profundamente, dejándonos muy a punto para el encuentro con Dios. Quiero mencionar sólo dos de ellas, por su importancia especial.

La primera es la dinámica o experiencia de comunidad. Vivir a fondo la experiencia de comunidad y tomársela en serio, con todo lo que ella conlleva de interpelación, de sensibilidad ante el otro, de servicio gratuito, de apoyo al débil, es una privilegiada dinámica de descentramiento, porque va situando paulatinamente a los otros en el lugar privilegiado de nuestra vida. Y situando allí a los otros, estamos situando a Dios.

La segunda es la cercanía física y vital a los pobres de este mundo. Una cercanía que es un don y una gracia, que muchas veces no está en nuestras manos pero que podemos y debemos pedir. ¿Lo hacemos? Cada vez que pidiéramos por los pobres deberíamos también pedir por nuestra cercanía a ellos.

La cercanía a los pobres del mundo nos saca radicalmente de nuestras mentiras, de nuestras autosuficiencias, de nuestras certezas y seguridades: nos hace sentir impotentes, cobardes, limitados, ignorantes... Nos evangeliza porque nos cambia el corazón. Es una evangelización las más de las veces callada, pero de una insospechada profundidad y fuerza. Y nos hacemos capaces entonces de descubrir, ¡tantas y tantas veces!, la sencilla verdad del evangelio, la sencilla presencia del Dios al que nuestros montajes y riquezas han ocultado: "Bendito seas, Padre Señor de cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien" (Mateo 11, 25-26). Tantas veces no encontramos a Dios en la vida, porque vamos por ella de "sabios y entendidos", porque no dejamos que la experiencia de los pobres de este mundo nos despoje y nos haga sencillos.

Hay un momento de los Ejercicios en que Ignacio hace una aplicación concreta de ese "quanto saliere" del número 189. Aparece en las reglas que da al limosnero, para que en su actividad de dar limosnas actúe con los criterios básicos de Ejercicios: "...quanto más se cercenare y disminuyere, y quanto más se acercare a nuestro summo pontífice, dechado y regla nuestra, que es Cristo nuestro Señor" (EE. 344). Salir de sí, descentrarse, es identificarse con ese Jesús "pobre y humilde", que es el punto de encuentro pleno entre Dios y la vida humana. Hacerse con él pobre y humilde es camino seguro para experimentar a Dios en lo más hondo de nuestra vida. Todo lo demás no son más que atajos que sirven si nos conducen a ese único Camino, por el que Ignacio caminó a lo largo de toda su vida, y por el que llegó a "...siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios" encontrarle [\(12\)](#).

NOTAS

1. Cuando Ignacio se describe a sí mismo, al final de su vida, afirma que a lo largo de ésta ha ido "siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios, y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba" (Autobiografía, n. 99).
2. Son muy interesantes al respecto las aportaciones de los diversos especialistas que participaron en el Simposio Internacional de Salamanca sobre "Psicología y Ejercicios Ignacianos" en septiembre de 1989, publicadas en los nos. 5 y 6 de la Colección "Manresa", edits. Mensajero-Sal Terrae, 1991.
3. Santiago Arzubialde: "Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Historia y Análisis", Col. Manresa n. 1, Ed. Mensajero-Sal Terrae, 1991, pág. 42.
4. Carlos Rafael Cabarrús: "¿Por qué no nos cambian los Ejercicios Espirituales?" en "Psicología y Ejercicios Ignacianos" vol. I, colección Manresa n. 5, Eds. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1991, pp.277-284.
5. Cabarrús, op. cit. pág. 283-284.
6. Santiago Arzubialde, op. cit. pág. 46, nota 43.

7. Ver al respecto, Agustín Bueno Bueno "Niños de la calle", edit. en la col. "Cristianisme i justícia", n. 33, Barcelona, 1990.
8. Yves Cattin: "La metáfora de Dios", en la revista CONCILIUM n. 242, correspondiente a agosto de 1992.
9. Josep M. Lozano i Soler: "Recerca de la felicitat a la nostra cultura". Quaderns Institut de Teologia Fonamental, n. 20. Sant Cugat del Vallés, 1992, pág. 12.
10. Joaquín García Roca: "La cultura de la solidaridad", conferencia pronunciada en Alicante, el 5 de junio de 1991.
11. Número 256 de los "Recuerdos ignacianos. Memorial de Luis Gonçalves da Cámara", publicado por la Colección Manresa, n. 7, edit. Sal Terrae-Mensajero, Santander-Bilbao, 1992, pág. 182.
12. Autobiografía, n. 99.